

Dos discursos viajeros en Misiones

. Ana Camblong

En el copioso catálogo bibliográfico de textos referidos a viajes y exploraciones científicas, publicados en nuestro país a fines del siglo XIX, selecciono dos ejemplares dedicados a Misiones: *Cartas misioneras*, de Rafael Hernández, 1887, reeditadas en copia facsimilar por EUDEBA, 1973 y *Viaje a Misiones* de Eduardo Ladislao Holmberg, 1887, reeditado en 2012 por las Universidades Nacionales del Litoral y Entre Ríos en una edición anotada de excelente calidad. La curiosa coincidencia en el año de publicación 1887, se podría tomar como muestra emblemática de la prolífica actividad científica realizada en un horizonte político-ideológico acorde con valoraciones propias de una etapa de la cultura occidental. Ambos textos urden sus tramas atravesados por características finiseculares que podríamos enumerar de modo sintético no sin riesgo simplificador: 1) la instalación de los Estados-Nacionales a través de una soberanía territorial que exigía fronteras bien definidas, organización de Instituciones, imposición de la “lengua oficial”, planificación poblacional centrada en procesos de inmigración; 2) la expansión hegemónica del Capitalismo titánico, extractivo y colonizador en escala planetaria; 3) la confianza inapelable sobre resultados científicos, con dominio del positivismo y las Ciencias Naturales. Estas coordenadas rigen el universo discursivo de ambos textos con dinámicos correlatos biosemióticos entre vida, mundo e interpretaciones. Como se podrá apreciar, adopto un enfoque global que va del todo a la parte y viceversa, efectuando interpretaciones de lectura que faciliten la captación de la fecunda semiosfera en la que respiran y de la que se nutren estos discursos y a la vez, nos permitan detectar “tópicos retóricos” tradicionales que persisten en la actualidad.

Una primera incursión podría señalar en la base, el género narrativo sustentado por el tema del viaje, tópico arcaico si los hay. Ambos rinden culto en sus respectivas “odiseas” al ensamble de las “peripecias”, con un discurrir que se deja llevar por la travesía, y un entramado de densas “descripciones” que arremansan el relato para concentrar la atención en el entorno de lo que se observa y se despliega a partir de una retórica plagada de asombro, descubrimientos y asimilaciones al imaginario ilustrado de la época, sin privarse de remisiones constantes a la literatura universal. Entonces podríamos estipular que “viaje” y “paisaje” configuran un encastre vertebral en el que se cuelga un profuso anecdotario

conacompañantes y personajes locales cuyos retratos “humanizan” los escenarios e incorporan notas de humor y color. Toda la andadura textual conlleva juicios, opiniones, posiciones, consejos, etc. que van armando la gran composición epistémica, político-ideológica de estos discursos. La enunciación bien plantada en enclaves profesionales, confirman los ejes antes bosquejados: Hernández, un agrimensor enviado por el gobierno central, viene a medir, a distribuir tierras para las colonias, a verificar límites, a cartografiar las fronterasdescuidadas, ignoradas y ahora valoradas del flamante Territorio Nacional, del que hay tomar posesión efectiva, explorar e incorporar al orden nacional; Holmberg, científico de la Naturaleza, viene también con subsidio oficial a tomar nota de la desbordante diversidad de especies, de posibilidades de explotación, pero principalmente con espíritu de conocimiento, de clasificación y nomenclaturas universales.

Efectuado este primer encuadre, habría que reparar en un detalle: no digo “van a Misiones”, sino “vienen a Misiones” porque el vector de mi lectura va desde “aquí” hacia “allá”, es decir, estoy en el “lugar” al que llegan estos visitantes. En efecto, se trata de textos-huéspedes a los que salimos a recibir, a saludar con gesto amigo (según nos enseñó Derrida). A propósito de este otro antiguo tópico, “la llegada del huésped” ambos autores insisten una y otra vez, sobre la estupenda recepción, la hospitalidad afectuosa, la colaboración abnegada de los habitantes lugareños sin distinción de clases sociales. Una hospitalidad, entre ingenua, subalterna y curiosa, que agradece el arribo del “otro” y se interroga: ¿qué vendrán a hacer o a buscar en estos parajes olvidados? Recorto el tópico de “la hospitalidad” y compruebo su incidencia actual: continuamos recibiendo con cortesía de provincia a funcionarios nacionales que “bajan línea” y no se cansan de viaticar; a solemnes e incuestionables investigadores, intelectuales, escritores del exterior y de la capital; a lanzados periodistas creadores de “impactos”(casi siempre amarillos); también a frívolos, soberbios y benefactores turistas, en fin, una gran corriente de intrépidos visitantes que vienen a ver, a fotografiar, filmar, fotocopiar, registrar con meticulosa voracidad cuanto le sale al paso y se vana pasar el video, a escribir *papers*, libros y otros documentos que lucen sensacionales en los medios, en congresos, en revistas, en librerías y archivos. Nos sentimos reee-conocidos, estamos excitados, fortalecidos y exultantes.

Vuelvo al corpus para apuntar que los textos difieren en sus formatos: Hernández adopta la “carta”, de antiguo linaje filosófico pero aquí con modales modernos en varios sentidos: por un lado, habilita un lenguaje coloquial, directo con el que se dirige al Presidente de la República en las primeras cartas, para informar sobre sus trabajos, y por otro, escribe para publicar en el diario *La Tribuna Nacional*, estrategia que pone al profesional en contacto con lectores no especializados y con una abierta opinión pública. En cambio Holmberg, realiza un informe de investigación, publicado en el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, Tomo 10*, precedido de una carta dirigida al Presidente de esa Academia, de 11 páginas. Si nos detenemos en esta original misiva de presentación, ya obtendremos un preciso perfil del talante del autor: académico, impulsivo, audaz, lírico y erudito. Un científico prestigioso que realiza su tarea con apasionado entusiasmo sin escamotear sensaciones y emociones primarias. Su discurso tensionado entre el “obstinado rigor” del metalenguaje y un temperamento fuerte, creativo y desafiante a las normas académicas, no solo tematiza percepciones personales, sino que también opera con arrojo sobre la escritura, quebrando la sintaxis, utilizando signos de admiración e interrogación, citando literatura por doquier, mezclando registros discursivos, lucubrando hipótesis y opinando con desparpajo... Hay una rica convergencia con el estilo-Sarmiento que aquí no cabe pero que vale la pena mencionar. Doy un único ejemplo: “El lector es demasiado bondadoso para no disculpar mi empeño en comunicarle las emociones experimentadas en los bosque. (...) Se me podrá argüir que en esto hay mucho de personal, de subjetivo que quizá no es otra cosa que una emanación del sentimiento poético. Y bien, si ello fuera así, ¿a qué gloria mayor podría aspirar un escritor que a la de poner la Ciencia al servicio de la Poesía?” (292)

Tras este primer asedio global, estimo que se podrá comprender que ambos profesionales, enviados por el gobierno nacional y comprometidos con el proyecto de los “hombres nuevos” de la Generación del ’80, nos han legado un patrimonio tangible e intangible a la vez, que dramatiza las contiendas político-ideológicas emprendidas para implantar el mandato “orden y progreso”, en estas latitudes donde coexisten en conjunción “civilización y barbarie”. La pugna violenta y pertinaz que todavía nos aprieta la garganta, se puede rastrear en la factura misma de estos textos y en las crispaciones discursivas que tenemos entre manos. Si me atuviera a la moda, debería aducir que estos textos “nos

interpelan” entre “fisuras discursivas” y “sistemas semióticos” de los “agenciamientos” del lenguaje. En cambio, me parece más atinado decir en buen criollo: leemos nuestra memoria comunitaria desde el presente, por aquí nomás, y nos encontramos a cada rato como en el *Poema conjetural*, con nuestro “destino sudamericano”.

Escojo otro tópico que podría nominar “tierra de nadie”, una condición que emerge en diversos pasajes y se sostiene como un presupuesto firme. Primero, los antecedentes históricos que Hernández se ocupa de enumerar como marco introductorio de sus cartas y que Holmberg intercala en distintos comentarios. En rauda síntesis nos recuerdan que llegaron los españoles, se apoderaron de las tierras y conquistaron las poblaciones autóctonas; luego se instala la empresa jesuítica para implementar su proyecto teocrático con intervenciones eficaces de dominación económica, cultural y política: más tarde la expulsión intempestiva de los jesuitas provocó un abandono cruel e inhumano que dejó esas poblaciones en desamparo total. La decisión imperial española facilitó la depredación esclavista de redadas *bandeirantes*. Durante mucho tiempo, estos confines codiciados y arrasados fueron defendidos por indígenas y criollos habitantes reales del lugar. En esta gesta se inscribe el liderazgo de Andresito Guacurarí, hijo adoptivo de Artigas, contra brasileros, paraguayos y principalmente, contra el insaciable poder porteño, en batallas desiguales y despiadadas. Los equívocos límites se corrían de acuerdo con avances y retrocesos, victorias y derrotas de los ejércitos en guerra. Finalmente, capturado Andresito por los brasileros, vencidas las resistencias populares, estos territorios quedan anexados a Corrientes, cuyos ciudadanos ilustres se repartieron latifundios con escandalosa corruptela. Dice Hernández: “permítanme que diga a lo menos esta verdad: ‘el último saqueo de Misiones, se ha consumado en las oficinas gubernamentales de Corrientes.’ Si algunos se sienten mortificados con ella, busquen consuelo en el provecho que alcanzaron.” (20) Clarito y contundente.

Ante semejante saga, ya pueden catar cómo se fraguó una memoria colectiva que repite aún el tópico “tierra de nadie”, constelado de otros nodos simbólicos que orbitan en torno: lugar oscuro, misterioso, abandonado, inexpugnable, desamparado, anacrónico, completamente extraño y desconocido. En concordancia, ese espacio exótico e inaccesible cobija habitantes: raros, mestizos, de lenguajes mezclados e incomprensibles, rústicos

yportadores de costumbres incompatibles con la metafísica del “ser nacional”. Tomo algunas muestras de Hernández: “Ciertamente que los misioneros son poco letrados;” (85) “La mísera existencia que arrastran estos pobres indígenas es inconcebible para el hombre civilizado.” (97) “Trabajemos en Misiones, labremos sus tierras –explotemos sus tesoros naturales, y en donde hoy solo existe (con notables excepciones) una población arisca, ignorante y pobre- que se alimenta de frutas silvestres y de una escasa sementera de maíz y mandioca, que cruza las selvas desnuda, a pie y desprovista de todos los elementos de sociabilidad, veremos elevarse pronto ciudades florecientes; (...) y finalmente, la luz de la civilización alumbrará estas oscuras comarcas, permitiéndonos fraternizar por la comunidad de aspiraciones, de costumbres y de idioma (...) robusteciendo los vínculos de solidaridad para el engrandecimiento de la Patria. (59) Otro recorte documenta: “La mayor población está en los montes, invisible e inaccesible, diseminada en las costas de arroyos, o trabajando en los yerbales. / Su idioma es una mezcla de guaraní, paraguayo, correntino y brasilero, siendo lo menos usado el castellano.” (47)

El tópico de la “tierra de nadie” tensiona con su contracara el otro tópico infaltable: “el lugar paradisíaco”, eso que los latinos llamaban *locus amoenus*. Ambos autores se solazan en una retórica saturada por alabanzas ante las maravillas naturales que manifiesta tanto la mirada estupefacta del escritor, cuanto la impotencia discursiva para hacerse cargo de semejante espectáculo. Por ejemplo, dice Hernández: “En presencia de esta vegetación exuberante; de estos productos que son maravillas agrícolas; de esta variedad incalculable de vegetales, lo más caprichosos y extraordinarios; en el seno de una naturaleza virgen que contiene en el fondo de sus selvas maderas de alto precio y variedad infinita de frutas exquisitas, plantas con virtudes medicinales, flores de bellos matices y delicado aroma; serranías que anuncian metales preciosos y vierten innumerables arroyuelos, cuyas cristalinas aguas fecundizan sus valles, calentados por un sol tropical y bañados en las noche por las brisas de sus montañas, el espíritu más inerte se siente atraído a la contemplación de tanta magnificencia y dominado por la esplendidez del paisaje se inclina ante la sabiduría y bondad infinita del Creador del mundo.” (58) En tanto que Holmberg en uno de sus tantos arrebatos, expresa: “La hermosura del bosque, la variedad de sus especies, la riqueza de sus combinaciones, son fuentes inagotables de admiración y de encanto. (...) Volvería a Misiones sin otro objeto que contemplar sus bosques. Y eso que

no he llegado al verdaderamente primitivo, donde la circunferencia de los troncos se mide por metros... (202) En la mañana salimos al bosque, hasta el arroyo. (...) ¡Qué enjambre! / ¡Qué confusión de colores brillantes! ¡Qué aleteo! / Temería continuar. / No podría contenerme pintar la impresión que aquello causaba. (203) Aunque apenas damos un atisbo de las insistentes e hiperbólicas referencias paisajísticas, ya estamos en condiciones de apreciar esa doble presencia simultánea de la “tierra de nadie” y del “paraíso”. Esta rémora de tortuosa convergencia, marcada a fuego en nuestro imaginario colectivo, sigue vigente en continuidad y se replica al infinito en el arte, en medios de comunicación, en investigaciones científicas, en publicidad, en arengas políticas y en conversaciones cotidianas. Por supuesto, con las transformaciones, modalidades y matices que las culturas contemporáneas exigen, a cada paso hallaremos constatación y reclamos ante un espacio descuidado por el poder centralizado y a la vez, una experiencia cierta y concreta de la naturaleza edénica y desbordante. Ambos aspectos se aquerenciaron en estos pagos semióticos y se quedaron con inusitada potencia entre nosotros... Pero es que habrá que comprender que los signos no perduran al margen de los acontecimientos y de la vida de la gente, sino que mientras las configuraciones de lo real permanezcan con tan escasas modificaciones en las regencias del poder, los emblemas no solo persisten sino que significan con más fuerza...

Finalmente, a propósito de lo dicho hasta aquí, emerge fatalmente el tópico que condensa y abarca lo demás: “el TERRITORIO”. Los dos discursos viajeros seleccionados, vienen a explorar, a estudiar, a tomar notas del “Territorio Nacional” recientemente trazado y objeto de compulsivo interés. Dice Hernández: “Cuanto más de cerca veo esto más me admira el abandono administrativo en que están esas riquezas.” (50) La concentración porteña alarmada por la hegemonía y expansión correntina, reacciona con convulsivas estrategias y se lanza no solo a investigar las potencialidades del lejano confín selvático sino que también, reincide en la repartija de enormes latifundios entre egregios apellidos. Por esta vía, introducimos la topología de “centro” y “periferia”, incardinada en distribuciones políticas, económicas y culturales, hoy denostada por los descentramientos globales y los flujos cibernéticos. No obstante, la reivindicó no por su comodidad teórico-metodológica, sino más bien por su real y obscena vigencia.

Dice Hernández en su última carta: “Después de cinco meses de ausencia nos asaltan deseos vehementísimos de regresar al suelo de la Patria, pues aunque nos hallamos bajo la dominación Argentina, nos consideramos como extranjeros en esta parte de su territorio que todavía carece de los alhagos (sic) de la vida culta y civilizada.” (143) Estos escritores decimonónicos, convencidos de su misión ungida por una mística laica, no perciben ni se plantean controversias respecto de su eminente cometido. La pasión científica, la oportunidad de las circunstancias y la subvención gubernamental de sus estudios, se traducen en ímpetu dominante y huellas soberbias de un proyecto de las clases sociales poderosas. Profetisa Hernández: “No me parece, pues, aventurado decir, que el progreso de esta rica comarca está encerrado dentro del interés de algunos señores feudales.” (148) Sin embargo, la honestidad intelectual y la sensibilidad humana de estos autores, no pueden sustraerse a las diversas manifestaciones de injusticias infligidas por la marginalidad, de ahí que las vayan anotando e intercalando en sus respectivos relatos. Tal como lo apunta Holmberg con lúcida precisión: “Me hallaba en el fondo de la República Argentina, allí adonde llega la ley pero no el derecho;” (169) Cualquier semejanza con la actualidad, es mera repetición política.

El papel de los intelectuales en la mediación de las “intervenciones” adoptadas por el poder concentrado, se vuelve un conflicto flagrante de dimensión ideológica y ética. Una paradoja histórica insiste con crispada tenacidad por estas zonas de borde. Mientras desde el centro se acude al “territorio” para estudiarlo, para implementar “Planes Nacionales”, para “operar” sobre estos espacios carenciados y críticos, detectados en mapas acribillados de estiletes de colores indicando lugares de “intervención” y de “campañas”, mientras esto se reitera con penosa displicencia, para nosotros el “territorio” es otra cosa. Podría citar a De Certeau, a Deleuze, a Foucault, a Schölogel, y otros tantos autores que nos asisten para definir semánticas de lo territorial, sin embargo prefiero confesar que nuestra concepción territorial encuentra sus sentidos y alcances en eso que los guaraníes denominan *tekoá*. Cito entonces, a Ticio Escobar quien explica lo siguiente: “*tekoá* que para ellos es el territorio, distinto de la tierra. Traducido literalmente, *teko* es un sustantivo y significa “cultura”, nuestras propias maneras de ser, en su sentido más lato. *Há* quiere decir ‘lo dispuesto a’; entonces, *tekoá* querría decir ‘la sede de la manera de ser’, o sea, el asiento de la cultura o, aventurando un poco, lo que está preparado para sostener la cultura. (...) *Tekoá*, señala,

además un hábitat simbólicamente acotado. Esta diferencia se evidencia cuando ciertas políticas indigenistas intentan ‘devolver’ otras tierras a los indígenas o reasentar a estos en territorios nuevos; no es lo mismo un terreno cualquiera, aunque fuere más extenso, que uno señalado por las tumbas de los antepasados, hollados por muchas generaciones, provisto de recursos naturales específicos. (98-99) Así pues, “lo territorial” adquiere una dimensión semiótica profundamente arraigada en una memoria y en un “hábitat” albergador de “hábitos” que no se improvisan, ni responden a espasmódicas “intervenciones”, sino que se cimentan en prácticas comunitarias ancestrales muy afianzadas. Por ejemplo el lenguaje: las mezclas, el acento, los tonos, las cadencias discursivas, el léxico, los armados sintácticos y el singular sentido del humor; todo envuelto en olores, distancias, gestualidad, interacciones, rituales, comidas, vestidos, posiciones corporales, en fin, un territorio antro-po-semiótico que nunca se tiene en cuenta ni se respeta en los dibujos burocráticos de los “planes nacionales” presuntamente territoriales. Cuando los funcionarios y técnicos se ufanan de “recorrer el territorio”, de “bajar” a tal o cual provincia, de “diseñar asistencias técnicas” de diversa índole en educación, economía, cultura, etc., a través de “operaciones” que nosotros, “los de por aquí nomás”, conocemos y padecemos, no hacen más que reproducir el gesto decimonónico que leemos en estos “dos discursos viajeros”. Los “discursos viajeros” podrán tener intenciones muy loables y de buena fe, pero la experiencia histórica los desmiente en continuidad, simplemente porque “operan” sobre la población, ignorando sus habitantes, sus textos y discursos, sus permanencias territoriales y sus memorias históricas.

Referencias

Escobar Ticio (2012) “Los tiempos múltiples. Conversación con Ticio Escobar” entrevista con Julio Ramos, en Revista *Caracol*. Univ de São Paulo, N° 4, 96-170.